

VII

LAS SIERVAS DE LA GLEBA

«El crucero» es un punto céntrico del lugar donde convergen cuatro calles anchas y silenciosas de edificios ruines con techados de cuerno, pardos y miserables como la tierra y el camino: una gran cruz labrada toscamente, ceñida en el suelo por un amago de empalizada, corrobora el nombre de la triste y muda plazoleta.

Por allí pasa *Mari/lor* tempranito en esta mañana azul y blanca del mes de Abril: va la moza vestida con el mismo traje vistoso con que llegó á Valdecruces hace pocas semanas; pero no es tan fino su calzado como aquel que traía, ni es tan lindo el pañuelo de su talle.

Camina muy diligente al lado de la abuela que disimula sus «tres veintes» y diez años más—como ella dice—siguiendo con tesón el paso firme y ligero de la niña.

Al tomar ambas una de las cuatro calles en el cruce, un zagal se aparece por la otra, silbando, con la cabeza gacha y el andar perezoso.

—Es *Rosicler*, abuelita—advierde la muchacha.

Levanta la voz y acorta el paso la vieja para decirle:

—Dios te guarde.

—Felices, tía Dolores y la compañá—contesta el mozalbete. Y se para en seco, turbado y rojo, con visibles afanes de añadir al saludo alguna cosa.

Es un maragato que contará hasta diecisiete primaveras, cenceño, de regular estatura, ojos garzos, tez soleada y boca infantil; tiene el genio cobarde, el humor alegre, la inteligencia calmosa y el corazón sano: le llaman *Rosicler* porque era desde niño risueño y galán.

—Mucho se madruga—declara al cabo de sus vacilaciones, que hacen á la doncella sonreír.

—Mucho no, que ya son las ocho—replica la anciana, y añade con afabilidad: —¿A dónde vas, hijo?... ¿Solas dejaste las ovejas?

—Sí, señora; voy á pedirle al amo una razón... Pero torno allá de un pronto; si vais á las aradas os alcanzo en seguida.

—Pues aguanta, rapaz, que á las aradas vamos.

Un instante detuvo el pastor embelesados sus tranquilos ojos en Florinda, y luego echó á correr con tal celeridad que no tuvo tiempo de oír la jocunda carcajada de la moza. Puso la tía Dolores un dedo rígido sobre los labios en señal de silencio, y reprendió suavemente, algo escandalizada:

—¡Niña, no te rías así!

—Pero, abuela, ¿es la plaza un camposanto?... ¿No se puede reír en Valdecruces?

—Tan recio no; ya te lo dije. Aquí no parece bien que las mujeres hagan ruido.

—Pues lo que es los hombres no han de hacerlo... Como no sean *Rosicler*, el señor cura, el sacristán, el enterrador y tres ó cuatro carcamales...

—Sí; ya no quedamos en el lugar más que los viejos, las mujeres y la rapacería—suspiró tía Dolores.

Se extinguió la calle entre las sebes de algunos huertos mustios, y el camino, abriéndose de pronto á un horizonte vasto, mostró las pardas tierras movidas por labores recientes, abiertas y solitarias, con el cuajarón sangriento de algunas amapolas temblando entre las glebas; un viento blando y dulce besaba la llanura en silenciosa paz.

Camaron buen trecho las dos mujeres cuando las dió alcance *Rosicler*, á paso veloz, con la gorra en la mano y encendido el semblante.

—Tardó en despacharme el tío Cristóbal—murmuró—; estaba durmiendo.

—Estaría; que ya los años le pesan mucho: entró en los noventa y seis—dijo la abuelita, irguiéndose con arrestos juveniles ante la evocación venerable de tantos años vivos.

Ella y el zagal siguieron hablando con mucha parsimonia, doctos y humildes frente al eterno problema de su vida ruda.

—Era sobre el sirle mi recado, ¿sabe?—explicó *Rosicler*—Tengo que levantar las cancillas y hube de preguntarle al tío Cristóbal hacia dónde correría el redil.

—Y, de «allá», ¿tuviste carta?

—Ni carta ni señales... Mi hermano me había prometido que en el mes de San Pedro, al finar el ajuste, estaría todo á punto para embarcarme yo.

—Aun falta tiempo.

—Pero ya van cuatro meses que no escribe.

—Yo también espero noticias... ¡Siempre esperando!

—Del señor Martín, ¿verdad?

—De los dos hijos que me quedan... Isidoro no está bien de salud—se condolió la anciana.

—Ahora mi padre le cuidará—dijo Florinda.

—¡Tu padre iba tan triste!

La muchacha bajó la cabeza, murmurando:

—Pero es muy animoso...

Un gran silencio corría por la tierra; á naciente fulguraba el sol, enrubesciendo el horizonte, y en una lejanía remota alzabase la silueta del Teleno, pálida y confusa, como errante jirón de niebla ó nube. De aquel lado venían al término de Valdecruces las tempestades asoladoras, las fatídicas *truenas* del estío. Hacia allí miró Florinda cuando levantó la frente, mientras su abuela se llevaba á los ojos la punta del delantal, y decía *Rosicler*:

—Hoy posa en Vigo «el barco»... Quizabes tengamos carta.

Habiase estrechado la ruta, acosada por los arados terrones; sendas leves penetraban con misterio en el llano, fugitivas y embozadas, sin vegetación ni perfumes. De tarde en tarde algunos matojos descoloridos ofrecían un tropiezo en la vereda, erizados y adustos, como si se avergonzasen de la luz vernal.

Llegaron los tres caminantes á la orilla donde una mujer jadeaba, aguijando intrépida su yunta.

—Dios te ayude—le dijeron al uso del país.

Y ella, de igual modo, respondió:

—Bien venidos.

—¿Son de usted las vacas, tía Dolores?—preguntó el muchacho.

—Y tuyas.

—¡Buenas yugadas rendirán!... ¡Miren que la silga!... No hay mejor pareja en Valdecruces.

—Háylas, hombre, que el tío Cristóbal las tiene muy llocidas.

—Pero no tanto—halagó el pastorcillo, fervoroso.

Y sus devotas frases se posaban en *Mariflor* con ingenua candidez.

Ella, agradecida y sonriente, le interrogó:

—¿De modo que tú también te quieres embarcar?

—También. Considerè que de pastor se gana poco.

—Pero, ¿la dices de usted?—intervino la tía Dolores—¡Si tu abuelo y el suyo eran hermanos!

—¡Como no la tengo tratada!...

—¿Eso qué importa?—pronunció la niña—Ya ves que yo te hablo con franqueza de parientes. Con que dime, ¿cuánto ganas?

—Un duro al año por cada doce ovejas, la comida y alguna ropa.

—¿Y el rebaño es grande?

—Hogaño es más chico.

—¿Dónde le tienes?

—Vélo va.

Y el pastor señalaba en el paisaje raso, un punto quimérico para Florinda.

—Yo no distingo más que cielo y tierra—murmuró la moza, entornando los ojos y haciéndose una pantalla con la mano.

—Vélo... vélo ende—insistía *Rosicler*, lanzado á su dialecto por la propia fuerza y concisión de las palabras regionales. Y con el brazo tendido hacia el lugar solano del horizonte, trazaba un ademán amplio y seguro, cobijador, que parecía descubrir á cada res, guardarla y bendecirla.

—Pues ¡ni por esas!—lamentóse la muchacha, esforzándose para encontrar la pista del rebaño—¡Ahora!—exclamó de pronto—¡Ya, ya caigo!... Justa-

mente; ellas son: unas vedijas blancas que van y vienen por allí... ¡Si en este mar de tierra parecen tus ovejas las espumas!... ¡Las crenchas de las olas, ni más ni menos!... Y para mayor embuste, entre el oleaje asoma un barco de vela. Mira, *Rosicler*.

—¡Si es mi cama!—replicó el zagal, soltando la risa.

—¿Cómo tu cama?... Pero, ¿tú duermes en un globo, ahí en mitad de la llanura?

Siguió riendo *Rosicler* ante la sorpresa de la moza y su ignorancia en materia de lechos pastoriles. Y como la mujer de la yunta había suspendido su palique con la tía Dolores, apresuróse ésta á explicar á Florinda de buen grado, minuciosa y elocuente, de qué artificio vulgar se componía aquel pobre camastro, que, como en aventuras quijotiles, tomaba *Mariflor* por un lecho flotante y prodigioso.

—Nada de eso, chacha; viene á ser como especie de pernales, con una tarima; igual que unas trosas, ¿comprendes?... Lo que desde aquí se distingue mejor, ablancaza, que se te figura la vela de un navío, es á manera de tabique para que el rapaz se acuche de la lluvia y los vientos.

Decía la maragata con firmeza, dando una entonación grata y solemne á la clave de aquel menudo secreto, posando en la muchacha los turbios ojos y la palabra persuasiva, con aire de iniciadora, como quien descubre á un neófito los ritos de un culto. No parecía aquella misma anciana que en el tren conocimos, vacilante y mustia, silenciosa y torpe, asomada á la vida como un espectro de otros siglos.

Ahora, bajo este cielo fuerte y alto, en este paisaje sin contornos, llano y rudo, arisco y pobre, en esta senda parda y muda donde la tierra parece carne de

mujer anciana; aquí, en la cumbre de esta meseta dura y grave, como altar de inmolaciones, tiene la vieja maragata aureola de símbolo, resplandor santo de reliquia, gracia melancólica de recuerdo; su carne, estéril y cansada, también parece tierra, tierra de Castilla, triste y venerable, torturada y heroica. Diríase que, en murmullo de remotas bazarías, pasa con sigilo por la llanura un hálito ancestral de evocaciones, haciendo marco insigne á la figura legendaria de esta mujer.

Florinda escucha absorta, con los ojos cautivos de aquel punto blanco, insurgente y gentil como una vela marina: no otra cosa parece en el horizonte el hinchado cobijo que flota sobre la cama del pastor.

—¿Y duermes ahí todo el año?—le pregunta compadecida.

—Desde que el tiempo abonanza—respondela la abuela, mientras el zagal sonríe, orgulloso de merecer las admiraciones de la moza.

Vuelve la obrera del arado á pasar cerca del grupo, afanosa y enfrascada en su labor.

—Aguarda, Felipa—dícele de pronto la tía Dolores—. Voy á dar yo una vuelta; luego tu echas las tornas.

—¡Pero abuelita!—protesta *Mariflor* suavemente. Y ya la abuela, avanzando entre los terrones, blande la aguijada con muy airosa disposición y hace retroceder á la yunta mediante la voz usual:

—¡Tuis... tuis!

Los animales obedecen mansos, y la maragata hunde la «tiva» en el surco, sosteniéndola por la rabera con mano firme: brota un chorro de tierra, débil y roja, en la férrea punta del arado; gime la «gabia», avanza la yunta y queda abierto al sol un pobre camino de pan.

Sigue Felipa con mirada inteligente la estela que el trabajo marca en el suelo. Esta Felipa, ¿cuántos años podrá tener?

—Cuarenta y cinco lo menos, piensa *Mariflor*, examinándola de reojo. Pero ella siente la mirada curiosa de la niña, vuelve el rostro indefinible, borrado, curtido por los aires y los soles, y al sonreír, complaciente, muestra una dentadura blanca y hermosa, que alumbra como un rayo de luz toda la cara.

—Veintiocho años, á lo sumo—corrige entonces la doncella, sorprendida. Y *Rosicler*, cándido y simple, por decir algo, le pregunta:

—¿Tú no sabes arar?

—No—contesta prontamente la muchacha.

—Ya irás aprendiendo; es muy fácil.

—Mi padre me lo ha prohibido—dice ella estremeciéndose, como si las palabras del pastor fuesen un augurio—. Y á mi abuela también—añade.

Supone el zagal que ha cometido una indiscreción, y deseando borrarla con cualquiera interesante noticia, sale diciendo:

—Ya llegaron mis ovejas á los alcores.

De aquel lado tiende Florinda la mirada, y otra vez se confunde entre la llanura y el celaje, sin distinguir ribazo ni soto alguno: quizá tiene los ojos ensombrecidos por una triste niebla del corazón.

Pero tanto señala *Rosicler* y con tal exactitud «allí á man riesgo del aprisco, una riba que asoma en ras del término», que *Mariflor* encuentra la remota blancura del rebaño, como nube de plata caída al borde del cielo azul.

—¿Tienes muchas femias?—le pregunta Felipa al pastor.

—Cuasi por mitades; hay otros tantos marones.

Como la abuelita los halla distraídos á los tres, al terminar el surco sigue terciando con mucho brío. Y cuando *Mariflor* lo advierte y la llama, ya va lejos, salpicada de tierra, con las manos en pugna y el cuerpo encorvado.

—¡Oya, tía Dolores; que la llaman aquí!—vocea el zagal, deseoso de complacer á la niña. Pero la anciana sólo acude al redondear la vuelta; y luego de hacer á Felipa algunas recomendaciones, dice que ya es hora de seguir el camino hacia la hanegada de Ñanazales: tercián allí también, y quiere dar un vistazo.

—Y á la de Abranadillo, ¿cuándo voy?—interroga la obrera.

—Está el terreno muy cargado; habrá que esperar un poco.

—En cuanto vengán cuatro días estenos.

—Justamente.

—Creí que tenía en fuelga aquella hanegada—dice *Rosicler*.

—No; antaño estuvo.

Se despiden la vieja y la moza, en tanto que el zagal y Felipa, al borde de «la arada», murmuran á dúo:

—Condios...

—Condios...

Y al catar el sendero, con rumbo á Ñanazales, Florinda, muy curiosa, averigua:

—¿Cuántos años tiene esa mujer, abuela?

Después de pensarlo mucho, bajo un pliegue pertinaz del entrecejo, responde la anciana:

—Habrá entrado ahora en veintitrés.

—¡Es posible!

—¿Qué te asusta?

—¡Si parece mucho mayor!

—Ya tuvo dos críos.

—¿Luego está casada?

—¡Natural, niña! A su edad casi todas las rapazas se han casado aquí.

—¿Pero con quién, abuela? ¡Si no hay hombres!

—Viene el mozo de cada una, se casa y luego se vuelve á marchar.

A los labios dulces de la muchacha asoma una ingenua observación, mas la contiene, la hace dar un rodeo malicioso, y pregunta con mucha candidez:

—¿No ha vuelto el marido de Felipa desde que se casaron?

—Sí, mujer; ¿no te dije que tienen dos criaturas?... Viene ese, como la mayor parte dellos, para la fiesta Sacramental; ¿cómo habían, si no, de nacer hijos?... ¡Se acabaría el mundo!

Mariflor extiende una mirada angustiosa por los eriales: cruzan ahora las dos mujeres unos campos en barbecho, donde apenas algunas hierbecillas brotan y mueren, baladíes, inútiles, fracasado barrunto de una vegetación miserable: la estepa inundada de luz, calva y mocha, lisa y gris, silente, inmóvil, dada la sensación de un mundo fenecido ó de un planeta huérfano de la humanidad.

—¡Y este país — pensaba la moza con espanto — es el mundo, «todo el mundo» para la abuela, para Felipa y mi prima Olalla, para cuantas infelices nacieron en Valdecruces!... ¡Y aquí es menester que las mujeres tengan un hijo cada año, maquinales, impávidas, envejecidas por un trabajo embrutecedor, para que no se agote la raza triste de las esclavas y de los emigrantes!...

La niña maragata no reflexiona en tales pesadumbres sin un poco de ciencia de la vida: conoce países feraces, campos alegres; pueblos felices, libros generosos, so-

ciudades cultas y humanitarias. Sabe que al otro lado de la llanura baldía, de la esclavitud y de la expatriación, hay un verdadero mundo donde el trabajo redime y ennoblece, donde es arte la belleza y el amor es gloria, la piedad ternura, el dolor enseñanza y la naturaleza madre.

Ha estudiado un poquito Florinda Salvadores en el semblante vario de las almas y de las cosas, por su lado bueno y alentador; de las costumbres cultas y de las libertades santas, bajo su aspecto femenino y misericordioso; ha cursado el arte de querer y de sentir, en la escuela del hogar propio, donde la madre de esta niña, inteligente y curiosa, fué maestra en amor y solicitud, y maestra también, por un honrado título, corona de aprovechada mocedad.

Todo lo que sabe *Mariflor* y aun mucho que adivina, que presiente y que busca por el ancho camino de ilusiones donde la ambición suele perseguir á la felicidad, se le sube ahora á los labios en un ¡ay! trémulo y ansioso.

—¿Estás cansada?—le pregunta solícita la abuela.

—No, señora—baluce—; voy pensando que son muy tristes estos parajes, tan solos y tan yermos.

—¡Josús, hija, luego te amilanas! Algunas parcelas que ves, quedan de aramio para el año que viene; no todo es erial.

—¿Y qué quiere decir «aramio»?... No lo entiendo.

—Pues que ya llevó la tierra dos labores; pero es sonce el terreno y no se puede sembrar hasta que descanse.

—Sonce, ¿significa malo?

—Eso mismo. Ya vas aprendiendo la nuestra fabla.

—Algo me enseñó mi padre, que le tenía mucha ley.

—¿Enseñar?... Él lo iba olvidando. ¡Como no caso en el país!

Hay un dejo de amargura en esta observación; pero la vieja, adulciendo al punto sus palabras, dice muy cariñosa:

—Por aquí, todo á la derecha, llegamos pronto á Ñanazales, y en redor verás cuántos bagos con gentes y yuntas; es tierra labrantía. Al otro lado del pueblo ya está madurando la mies.

—¿De trigo?

—No hija, no: de centeno. Aquí el trigo apenas se da.

—¿Y nunca tenéis pan blanco?

—Nunca.—Y añadió la maragata un poco secamente: —Pero nos gusta lo moreno.

—A mí también—se apresuró á decir sumisa *Mariflor*.

La abuelita ponderó entonces jactanciosa:

—Recogemos además cebada, nabos... y en algunos huertos, muestra de trigo.

No pudo la moza menos de suspirar otra vez ante la mención ufana de tan ricas cosechas. Y así andando y discurrendo sobre las simientes y los terrones, los añojales y las «aradas», vió *Mariflor* oscurecerse la tierra recién movida y destacarse en torno mujeres y yuntas, en grupos solitarios y activos.

—¿Qué hacen, abuela?—preguntó.

—Terciar: es la última labor, por ahora.

—¿Y no hay ningún hombre, ni uno sólo en el pueblo, que ayude á estas cuitadas?

—¡Qué ha de haber, criatura! El que se nos quedase aquí, sería por no valer, por no servir más que para labores animales. Los maragatos—añadió envanecida—son muy listos y se ocupan en otras cosas de más provecho.

—Y las maragatas, ¿por qué no?

—¡Díñe!... ¿Ibamos á andar por el mundo con la casa y los críos? ¿Quién, entonces, trabajaba las tierras?

La joven no se atrevió á contestar, porque en su corazón y en su boca pugnaba, hartado violenta, la rebeldía: allí mismo, delante de sus ojos, jadeaban yuntas y mujeres con resuello de máquinas, fatales, impasibles, confundidas con la tierra cruel...

—Ya estamos en Ñanazales—dijo la tía Dolores—. ¿Ves aquellos búis moricos?... Son de casa: la mejor pareja del lugar.

—Y la obrera, ¿quién es?—preguntó la moza en seguida.

—Una que tú no conoces: está para parir.

—¿Y trabaja?

—¡Qué ha de hacer! Así hemos trabajado todas.

Fuese hacia ella la abuelita, diciéndole á *Mariflor*:

—Mira, ahí tienes un sentajo: quédate á descansar un poco, que voy á ver la traza del terreno.

Y se alejó por la linde menuda, donde la barbechera puso fonje mullida, amortiguadora de los pasos: delante de los bueyes «moricos» una mujer esperaba, limpiando la reja con el gabilán.

Sentóse Florinda en una piedra grande, relieve de majanos divisorios, y como el sol ya calentaba mucho, se subió hasta la frente, suelto y libre, el pañolito que sobre el jubón lucía: así quedó desnuda su garganta, carne fina y trigueña, dorada y dulce como fruto en sazón. Bajo aquella piel sérica y firme, soliviando los corales de la gargantilla roja, estalló un sollozo contenido apenas, y la suave faz mojada en llanto buscó refugio entre las alas del pañuelo.

No sabe *Mariflor* por qué llora, ni cuál de las amar-

guras que conoce levanta en su espíritu esta repentina tempestad: añoranzas, acaso, de los padres ausentes en dos mundos distintos y remotos; quizá secretas aspiraciones de la juventud amenazada; imágenes, tal vez, de otra vida feliz que ya es recuerdo; todo junto, apremiante y doloroso, removido por la tristeza infinita del páramo, oprime y sacude el corazón de la niña maragata... ¡Quién sabe si también las piedades y las indignaciones alzan su voz de llanto en aquel pecho altivo y generoso!...

Aunque no comprende Florinda la razón de aquella angustia impetuosa, bien quisiera llorar mucho, sólo por el descanso de su alma, que se lo pide con sordas voces. Pero hace un valiente esfuerzo para tragarse los sollozos, se enjuga las lágrimas y pretende evadirse á todo trance del vehemente dolor cuyo motivo determinado ignora.

Casi duda conseguir este triunfo la muchacha jovial que hace poco reía en Valdecruces con escándalo de la tía Dolores. Y tanto arrecia el ímpetu misterioso de la rebelde cuita, que *Mariflor* cruza sus manos en actitud devota de plegaria.

—¡Virgen!—prorrumpe—Seréname como á las aguas turbias de los ríos, como á las olas bravas de los mares...

Al punto un pájaro, escondido entre el barbecho, trasvuela hasta la orilla de la joven, trinando alegremente. Ella le asusta con su propio sobresalto, y el pajarillo vuelve entonces á trasvolar, sin suspender su canción, muy contento de vivir, muy goloso de unas briznas de hierba, casi invisibles, que se asoman cobardes al pedregal del camino.

A milagro le trasciende á Florinda aquella aparición, como si fuera imposible que un ave gorjeara en

primavera y habitara feliz en la llanura de Maragateria. Un resorte, enmohecido en la memoria de la triste, se mueve de pronto, avanza, busca y encuentra estas palabras dulces, que en agosto libro se aprendieron:

Yo soy aquel que tiene cuenta con los pajaricos, y provee á las hormigas, y pinta las flores, y desciende hasta los más viles gusanos...

Como por arte de magia cede la tormenta de lloros y suspiros que descargaba, dura, allí, al violento compás de un corazón, y muéstrase Florinda consolada lo mismo que si el pájaro inocente fuera un mensajero providencial; cuando él, ahora, reclama y ayea en el rastrojo, ella sonríe, sin lágrimas ni quebranto.

Persiguiendo el rumbo de la avecilla dan los ojos de la maragata en un bancal de brezo florido. Ya va á correr para recibirle como otro mensaje del divino Artista, cuando la voz de la abuela la detiene:

—¿A dónde vas, rapaza?

—A coger esas flores—murmura, con el acento aun turbado por la reciente borrasca de su espíritu.

Pero la vieja no se fija en ello ni repara tampoco en la lumbre de pasión y delirio que arde en las mejillas de la joven, ni en el cerco encarnado de sus ojos; está la tía Dolores preocupada porque, según dice la obrera, uno de los «moricos» parece triste.

—¿Y ella, la mujer?—dice Florinda muy apremiante.

—¿Cuál?

—Esa que está terciando para ti.

—Pero, ¿qué hablaste della? ¡Estás boba!

—Que si gana mucho jornal—pregunta la muchacha algo confusa, sin atreverse á decir todo lo que se le ocurre.

—Gana abondo: tres riales y mantenida.

—Y «abondo» es mucho... ¡Dios mío!—lamenta la niña con terror en lo profundo de su alma.

Acércase distraídamente hacia los brezos, mientras inquiere la abuela con un poco de desdén:

—¿Te gustan las albaronas?

—Son éstas, ¿no?

—Sonlo. También la urz negral da flor.

—¿Morada?

—Sí; parece de muertos... Son las más abundantes del país.

—Y las amapolas—añade Florinda, pensando—, ¡flores de tragedia!... ¿No sabes?—dice de pronto al oír cómo pía el pájaro evocador—He visto una codorniz.

—¡Quia, mujer!... Será un vencejo.

—Canta muy bien..., ¿oyes?... ¡Si fuese una alondra!

No, criatura; esas son más tardías y anidan en los trigales verdes; por aquí escasean.

Dió prisa la tía Dolores; ya iba el sol muy alto y pudiera la moza coger un «acaloro» no teniendo costumbre de andar á campo libre.

Retornando á la aldea, aun pregunta *Mariflor*:

—¿Es parienta nuestra la que gana tres reales?

—Algo prima de tu padre viene á ser; hermana de Felipa, pero ellas se apellidan Alonso. ¡Lástima que á esta pobre la inutilice el parto ahora, para dos ó tres días! Son buenas servicialas...

Allá flota el cobijo del pastor como abandonada bandera que ningún viento agita en el desierto pardo de la llanura; los esquilonos del ganado tañen lentamente al compás del trajín, en algunas «aradas»; y las mujeres, todas viejas al parecer, todas tristes, anhe-

lantes y presurosas, gobiernan el yugo al través de los terrazgos: queda el camino á veces atravesado por el vuelo de un ave.

—¿No lo ves? Son aviones—corroborá la anciana—; éstos son mansos como las galondrinas; vienen en la primavera y hacen el nido en los alares...

Ya en la linde de Valdecruces, Florinda, con las flores del brezo entre las manos, vuelve la mirada hacia el erial. Aquel primer paseo por el campo de Maragatería causa en la joven una impresión indefinible de angustia y desconsuelo.

Y aunque se reanima su fe con la memoria del divino Artífice «que pinta las flores y tiene cuenta con los pájaros», los dulces ojos, serenos como aurora otoñal, miran afligidos al horizonte.

VIII

LAS DUDAS DE UN APÓSTOL

A la sombra de la nublada frente, los ojos de don Miguel estaban tristes; retirado el sacerdote á su aposento, con las manos entre las rodillas y el busto inclinado en el «escañil», meditaba sin tregua.

¡Vaya un conflicto! ¡En buen hora la compasión y la amistad leváronle á ser consejero y tutor de la familia Salvadores! Toda la solicitud con que él defendía los embrollados asuntos de esta pobre gente, no bastaba á prevenir su adversidad.

Las noticias de América eran harto desconsoladoras: el padre de Florinda, «el señor Martín»—según le llamaba el mismo don Miguel—encontró á su hermano Isidoro muy enfermo, y en manos ajenas el humilde negocio allí establecido, señuelo de la esperanza familiar, voráGINE que sorbía cuanto la usura prestaba, con subido interés, sobre el menguado peculio de la tía Dolores.

Algún socorro llevó á ultramar el segundo emigrante: algo de lo que á duras penas salvara en el ho-

gar costanero; mas la viril resolución del señor Martín, expatriándose con la pena de su reciente viudez y dejando á su hija en Valdecruces, parecía estéril ante la mala ventura que á todos alcanzaba desde la amarga paramera.

Ya el ausente maragato le escribía con sigilo al sacerdote que juzgaba muy difícil levantar el caído negocio de América sin mucho más dinero del que llevó; hablaba también de Florinda con tristeza angustiosa y mostrábase impaciente por conocer el camino de las negociaciones matrimoniales entre ella y su primo Antonio. «A base de esa alianza—escribía—quizá fuera posible restaurar la hacienda de Valdecruces, pero yo quiero dejar á la muchacha en absoluta libertad para elegir marido: nada ambiciono para mí; por ella y por mi madre sufro; por este pobre enfermo y por sus hijos me afitano». Y añadía: «Dime tus impresiones. Antonio irá para la fiesta Sacramental; creo que sigue muy encaprichado por la niña; sabe que está bien educada, que es hermosa, y, tanto él como su madre, desean lucir en la ciudad una mujer de buen porte y de finura. Mas yo no quiero engañar á mi sobrino; si llega la ocasión, hazle saber que perdí casi todo cuanto tenía en el tiempo en que negociamos la boda bajo la condición de someterla al gusto de la rapaza; el novio sabe que he delegado en ti todas mis atribuciones sobre el particular...»

Recordando la carta confidente el cura se levantó inquieto y anduvo por la salita con aire absorto; había recibido otra esquela, y otra aún, que, distintas y semejantes á la vez, convergían al mismo punto: el matrimonio de Florinda.

El pretendiente de Valladolid escribía al párroco diciéndole que, «sabedor de la tutela que desempeña-

ba cerca de su prima, tenía el gusto de comunicarle su propósito de celebrar la boda aquel verano, aprovechando la ocasión de su viaje á Valdecruces «cuando las fiestas», puesto que sus muchas ocupaciones le impedirían volver, y ya era hora de tomar estado... Quedaba en espera del «sí» definitivo para los fines consiguientes...»

Y en el mismo correo, también con sobre al señor cura, una letra fina y nerviosa, clamaba de pronto:

«¿No te acuerdas de mí?... Considero imposible que me hayas olvidado, aunque nada contestas cuando van mis renglones á buscarte; soy aquel de las coplas y de las penas á quien tú exaltabas con elevados discursos á la orilla del mar, del mar mío que amaste y «sentiste» como un gran artista.

»De aquella amistad nuestra guardo yo recuerdos imborrables que ojalá perduren también en tu memoria; atisbos de tus antiguas confianzas, raras y profundas como las de un santo; reliquias inefables de la paz de tus ojos, de la ternura extraña de tu voz. Siento al través de nueve años de ausencia la codicia de un secreto que en tu alma soñé... No lo niegues; era un secreto «blanco» y triste (según decimos ahora) que en vano quise aprisionar en los moldes artificiosos de una fábula... Tú no hablaste nunca, y aquel misterio quedó en mi fantasía como intangible estela de visiones que no pueden cuajarse en una estrofa...

»Quizás haré mal en volver á ti con esta memoria por divisa; quizás te alarmo y «te escondo» al resucitar de improviso el agudo recuerdo de mis curiosidades; mi propia imprevisión te prueba la cordialidad de este impulso.

»Al regresar de Cuba hace dos años supe en Villanoble que habías terminado la carrera con mucha bri-

llantez, y te escribí á tu pueblo; después te mandé mi último libro: no respondiste á mi reclamo. Ahora, una adorable letra de colegiala ha escrito para mí tu nombre, y esta providencial noticia tuya que recibo por tan dulce mensajero, me conmueve con el íntimo temblor de muchas ocultas emociones que despiertan y vibran, gozan y esperan...

»Si te asusta mi exordio, si te desplace esta indiscreta persecución psicológica y sentimental, juro en mi ánima acallar para siempre tales porfias inquiridoras; y aun le queda á este pobre artista el aspecto de entrañable amigo y de hombre sensible para quererte y admirarte mucho.

»Acógeme bajo esta fase de íntima fraternidad que antaño nos unió por encima de mis inquietudes y de tu reserva; óyeme con tu afable sonrisa de tolerancia: de mi corazón, que tú conoces de memoria, voy á mostrarte una página «inédita», que casi yo mismo ignoro.

»Ya «te siento pensar» con reflexiva compasión: — ¡Cree que está enamorado!...

»Tú sabes muchas leyendas de mis amores, y sonríes con incredulidad, al verme perseguir de buena fe otra dulce mentira... Nada profetizo, porque me he equivocado muchas veces; mas, honradamente te aseguro que si éste de hoy no es el «definitivo» amor... está muy cerca de serlo...»

No acertó el comunicante, suponiendo que el sacerdote hubiera sonreído en la lectura de esta carta. Aun recordándola ahora, palidecía ligeramente y plegaba con nueva incertidumbre el entrecejo. Ninguna personal zozobra le suscitó el escrito del poeta; á las particulares alusiones con que Rogelio Terán le saludaba, fuéle á don Miguel muy llano contestar con serena desenvoltura:

«Cumple ese espontáneo juramento y renuncia de una vez á tus pesquisas novelables; ni una mala copla podrías ensayar á cuenta de los «secretos blancos» que me atribuyes, y que sólo existen en tu imaginación.»

Mayores dificultades tuvo que vencer el cura para contestar al resto de la carta, donde el artista, en pleno asunto de novela, contaba con lírico entusiasmo la despedida y el encuentro, origen aquella «nueva página de un corazón». Desde *el sueño de la hermosura* sorprendido en el viaje, hasta el adiós penoso en el andén astorgano, toda la historia linda y triste pasaba lo mismo que una centella por los enamorados renglones. Y don Miguel, ingenuamente conmovido por aquella relación fervorosa y rara, hallóse lejos de sonreír; repercutían en su espíritu con singulares ecos las exaltaciones generosas reveladas en aquel párrafo:

«... Esta niña tan llena de atractivos, que merece llamarse María y llamarse Flor, me ha mirado con deleite y ternura en dulcísimo abandono de su alma, y dejándome vivir como un sonámbulo á orilla de la hermosa realidad, hundióse en desierto camino parame, al lado de una vieja lamentable y torpe, con rumbo sabe Dios á cuántas amarguras...»

— ¡Sabe Dios á cuántas! — repetía el sacerdote, saturándose en el latente aroma de caridad vertido de la pluma del poeta.

Delatada por el santo perfume, la pura doctrina de un noble corazón daba su fruto en estas otras frases:

«Yo sé que esa pobre familia te aprecia como confidente y amigo de su más íntima confianza; que ponen en tus manos sus asuntos y proyectos, y que en

tre *Mariflor* y un primo suyo median planes de boda no sancionados aún completamente. ¿Quieres hablarme de estos propósitos? ¿Quieres decirme si dañaré los intereses de la muchacha yendo á solazarme con su presencia al amparo de tu amistad? Siento la violenta tentación de volverla á ver.—¿Con qué intenciones?—me preguntas. Yo mismo las ignoro en definitiva; desde luego con las de hacerle todo el bien posible, y ni una sombra de mal siquiera.»

Al llegar mentalmente á este punto de la lectura, todos los días repetida de memoria, el párroco de Valdecruces hizo una pausa en su agitado raciocinio, acodóse en el tosco rastel del antepecho y encendió con lentitud un cigarro.

A espaldas del fumador aposentábase la sombra en la modesta salita, diseñando apenas el perfil de un pupitre y de un sillón y el contorno de unos altos escabeles. Fuera, se amortecía bajo el crepúsculo un huertecillo, cuyas legumbres posaban pálido tapiz de verdura sobre el color ocre de la tierra, y en la apacible lontananza del erial tenía la muerte de la tarde una serenidad purísima.

Paseó don Miguel sus claros ojos por el asombrado huerto, por el deleznable caserío asignado entre calzadas y rúas silenciosas, y los clavó después en el lueñe horizonte, allí donde sangraba la agonía de un magnífico sol de Mayo, en la serena curva del cielo azul: evocaba el sacerdote aquel momento en que acudiera *Mariflor* á su llamada para responder con claridad á dos trascendentales preguntas: —¿Quería á su primo por esposo?

—No, señor—dijo rotundamente la moza sin asomo de vacilaciones.

—¿Y á Rogelio Terán?

Aquí, una súbita sorpresa tiñó de grana el semblante de Florinda, la cual, bajó los ojos, torció nerviosa el pico del pañuelo, y exclamó lo mismo que la heroína de Campoamor:

—«¿Cómo sabe usted?»...

Aunque el cura de esta *dolora* no era «un viejo», para él tuvo la niña «el pecho de cristal», como en la fábula; y apenas dejó traslucir los amorosos afanes, tuvo también la palabra expedita para defender sus preferencias y los libres fueros de su corazón. Ya para entonces habíase mostrado transparente como el pecho, el cristal de unos ojos que miraban al párroco de hito en hito, y en los cuales fulgía la esperanza como un rayo de luna sobre el mar.

Sintióse conmovido el sacerdote en la contemplación de aquella moza que miraba de frente como él, sin duda porque tenía muchas cosas buenas que decir con los ojos oscuros y anhelantes. Y al cabo de innumerables observaciones y temperamentos, se convino en la plática requeridora una triple resolución: escribir al padre el fiel relato de la amorosa cuita; tratar con el primo, sólo verbalmente, «del asunto», sin corroborarle entretanto promesa alguna de matrimonio; y responder á Terán «en la forma que el señor cura lo creyera discreto», dando margen á las ilusiones que la niña compartía con el poeta.

Así, *Mariflor* y don Miguel se propusieron en amigable complicidad servir á los corazones y á los intereses, con un sentimiento doblemente caritativo por parte del sacerdote; avaro y generoso á la vez, en el espíritu ferviente de la enamorada.

—Yo misma—concluyó por decir aquella tarde—explicaré á Antonio este verano los motivos de mi negativa y le pediré la protección de su fortuna para

la abuela. Si es bueno y es rico, tanto como dicen, ¿ha de negarse á salvarnos á todos?... Cuanto más que yo no pretendo que nos regale nada; bastará que nos preste sin usura...

Y como don Miguel acogiera en silencio el vehemente propósito, añadió la muchacha con vivísima zóobra:

—¿Cree usted muy difícil un milagro?

—Según y conforme...

—Es que yo le he prometido á Olalla hacer uno, con la ayuda de Dios, para librar la hacienda de abuelita.

—¿Y será á base de lo que Antonio te conceda y tú le niegues?

—¡Eso mismo! ¿Le parece á usted imposible de lograr?

—¡Oh, transparente corazón de mujer!—meditó el cura sonriendo—¡Mezcla humanísima de egoísmo y caridad, de obstinación y de ternura!... En fin—dijo sentencioso—: la fe mueve las montañas... Para Dios no hay imposibles...

Las últimas palabras del sacerdote extendieron por el dulce rostro de la niña una expresión de singular confianza. Así, férvida y creyente, se había despedido *Mariflor* en aquella entrevista.

Desde el mismo barandaje donde el cura se apoya, la vió cruzar el huerto y salir á la penumbra del camino en el preciso instante en que pasaba *Rosicler* balanceando su chivata de pastor al compás de una copla.

Se saludaron los dos mozos bajo las alas de la brisa, mientras el paisaje se quedaba dormido en la mansedumbre de la noche y florecía en astros el profundo cielo. Y cuando ambas siluetas se dibujaron leve-

mente, ya separadas en la oscuridad, la canción de *Rosicler* vibró engreída, dejando en el aire una letra de boda, el jirón de un romance popular que pregona:

«Mira, niña, lo que haces,
mira lo que vas á hacer,
que el cordón de oro torcido
no se vuelve á destorcer...»

Trovó un pájaro en su última ronda por el huerto, rodó en las nubes una estrella rubia, y don Miguel sintió sus ojos turbios de lágrimas, quizá nacidas de la melancolía de la hora, ó de aquel recuerdo «blanco y triste» mentado por el poeta, removido por los acentos de la copla, por la visión juvenil de la niña y el zagal...

En este otro crepúsculo, tan espléndido como aquél, la honda meditación del señor cura tiene cambiantes y matices como la piedra ónice, y el relámpago de alguna sonrisa aclara á veces el frunce del entrecejo en la frente del apóstol. El cual, como si hallase súbito remedio á una de sus perplejidades, arroja por el balcón la punta apagada de su cigarro, y asomándose á la puerta de la salita, llama de pronto:

—¡Ascensión!... ¿puedes venir?

—Voy ahora mismo—responde en el fondo de la casa un agudo acento de mujer. Y una moza acude en seguida, diciendo al entrar:

—¿Enciendo luz?

—Todavía no. Te quería preguntar si conseguiste que Marinela Salvadores te confiase aquel secreto que tú adivinabas.

—Y acerté, mismamente.

—Vamos á ver: ya sabes que no me impulsa la curiosidad á estas averiguaciones en que tú me ayudas: quiero el bien de la rapaza; curar esa dolencia, esa misteriosa pesadumbre que nadie conocía... ¿Qué tiene, en fin?

—Tiene... vocación de monja.

—¿Así, en firme, de verdad?—exclama absorto el párroco.

—De verdad, tío. Si no entra clarisa, se comalece.

—Pero, ¿de que le ha quedado eso?

—De que un día fuimos juntas á Astorga y llevamos de parte de usted un mandado para la madre abadesa: fué en el mes de Abril...

La muchacha se sienta en un escabel, y el cura, reclinándose en otro, cerca de la sobrina, escucha con atención, ya bien entrado en el aposento el silencioso temblor de la noche.

—Fué en el mes de Abril—repite Ascensión después de una pausa, dando mucho alcance á su confianza—. Con la madre Rosario salió al locutorio una novicia á quien yo conocí en la Normal de Oviedo. Nos dijo que estaba muy gozosa en la clausura, que tenían un jardín precioso donde cultivaban flores para la Virgen, y que se disfrutaba un deleite divino en aquella vida. Marinela, que no habló una palabra, salió de allí tocada de la vocación como por milagro, y desde entonces conozco que se muere por ser monja.

—Pero, ¿y la dote?—prorrumpe don Miguel con impaciencia.

—Por eso la zagala padece; hoy me ha confesado sus pesares al volver de Piedrabina: ni por soñación espera conseguir los dineros para entrar en Santa Clara... ¡y llora tanto!

—¿Y por qué ha de ser en Santa Clara precisamen-

te? Si tiene verdadera vocación religiosa, bien puede buscar otro convento donde no necesite llevar mil duros por delante.

—Ya se lo he dicho yo; pero ella quiere en ese, en ese nada más. ¡Usan las monjas un traje tan precioso, todo blanco! Y se dedican á plegar la ropa de los altares, á hacer dulces y labores; ¡cosas finas y santas!

—Sí—replica el cura remedando el tonillo alabancioso de la moza—, y á practicar ayunos y vigiliias, penitencias y sacrificios.

Tras un breve silencio, Ascensión añade con tenue ironía:

—En su casa ayuna Marinela y vive sacrificada... Ser clarisa es destino envidiable.

—¿También para ti?

—¡Yo, como tengo dote y haré buena boda!

—Porque Máximo tiene dinero, ¿no?

—¡Claro está! Pero Olalla y Marinela no han de casarse: todo el mundo dice que la tía Dolores ha perdido el caudal.

—¿De manera que te parece envidiable el destino de monja para esa niña, porque no tiene un céntimo?

—Ya ve... Estar á la sombra en un claustro hermoso, vestida de azucena, cuidando un jardín para la Virgen, ganando el cielo entre oraciones y suspiros... es mucha mejor suerte que trabajar la mies como una mula para comer el pan negro y escaso, y envejecer en la flor de la mocedad: yo que Marinela, también entraba clarisa.

—Pero, criatura, ¿y la dote? ¿No ves que si ahora le diesen veinte mil reales á Marinela para profesar en Santa Clara, lo mismo le servían para casarse? Menos tienes tú, y sólo por lo que tienes vas á hacer una «buena boda», según dices: la pobreza no justifica la

vocación religiosa en este caso, y más vale así, aunque sea imposible realizar los deseos de tu amiga.

Ascensión, la maestra elemental, sobrina del señor cura, no enrojece al sentirse envuelta en tan desnudos comentarios, sino que, reflexiva y avisada, advierte á la sapiencia y lógica de su tío:

—Repárese que muchos prelados reciben herencias para dotar á las novicias pobres, pero nunca para dotar á las novias... Hay devotos ricos que protegen con grande caridad las vocaciones religiosas; hay plazas de favor en los conventos; y, en un caso de apuro, no teniendo una mujer nada más que la tierra abajo y el cielo arriba... menos difícil me parece entrar en la clausura con el hábito que entrar en la parroquia con el novio... ¿No es verdad?

La pregunta, certera y amarga, hiende como un dardo la sombra, y el sacerdote álzase al recibirla y se lleva la mano al pecho igual que si le sintiese herido.

Suspira sin responder, da unos pasos á tientas por la estancia y, de pronto, se dirige hacia el balcón, donde acaba de asomarse la luna bajo un pálido velo de niebla.

—¿Enciende luz?—vuelve á preguntar la moza, dando por concluido el interrogatorio.

Y con grave intención, que ella no comprende, el párroco de Valdecruces avanza en la oscuridad hacia el claror divino y, señalando al cielo, responde:

—Deja que ésta me alumbre...

IX

¡SALVE, MARAGATA

Aquel jinete que cruzaba la estepa en un mulo, á pleno sol, vagoroso y audaz, con aires de aventura, parecía, de lejos, *Don Quijote*; cenceño, flexible, impaciente, exploraba los horizontes y caminos ensoñando quimeras, igual que el caballero de la *Triste Figura*. Un pobre *Sancho* de á pie le acompañaba, ni gordo ni contento, alquilado en Astorga á la par del mulo; no iban de palique el criado y el señor, como sucede en las novelas, donde un hidalgo curioso cabalga por país desconocido á la vera de un guía, y todo se le vuelve al intruso preguntar al indígena por esto, por lo otro y por lo de más allá.

Este espolique de ahora no era muy explícito que digamos: corto de palabras y largo de piernas, quizá pretendiese economizar en saliva lo que derrochaba en pasos, y así holgaba su boca mientras sudaban sus pies.

Tampoco las preguntas del caballero parecían á propósito para quebrantar la pasiva reserva del peón: